

EL BASILISCO

 ALICIA LASPRA RODRÍGUEZ. PRESENTACIÓN

 JEAN-RENÉ AYMES. LAS VISIONES FRANCESAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

 ANTONIO VENTURA. PORTUGAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. GUERRA PENINSULAR

 VITTORIO SCOTTI DOUGLAS. EL CONDE CESARE DE LAUGIER, UN OLVIDADO CRONISTA DE LOS ITALIANOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



 DIEGO SAGLIA. EL GRAN TEATRO DE ESPAÑA: LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA COMO ESPECTÁCULO DE LA CULTURA INGLESA

 JAN STANISLAW CIECHANOWSKI. LA VISIÓN POLACA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

 ANDRÉS CASSINELLO. EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: UN ANÁLISIS MILITAR

38

ISSN 0210-0088. SEGUNDA EPOCA

10 EUROS



Director
Gustavo Bueno

Editor
Gustavo Bueno Sánchez
Adjunto al Editor
Pelayo García Sierra

Secretaría de Redacción
Sharon Calderón Gordo

Consejo de Redacción
Montserrat Abad Ortiz
Gabriel Albiac López
Mercedes Alvarez González
David Alvargonzález
Mariano Arias Páramo
Carmen Baños Pino
José María Botas Montes
José Bolívar Cimadevilla Álvarez
Oscar Clemotte Silvero
Javier Delgado Palomar
Vicente Domínguez García
Secundino Fernández García
Alfonso Fernández Tresguerres
Tomás García López
Eduardo García Morán
Felipe Giménez Pérez
Manuel Asur González
Antonio González Carlomán
Santiago González Escudero
José I. Gracia Noriega
Alberto Hidalgo Tuñón
Nicole Holzenthal
Pablo Huerga Melcón
Carlos Iglesias Fueyo
Pedro Insúa Rodríguez
Atilana Guerrero Sánchez
José María Laso Prieto
Antonio López Calle
Ángel López Díaz
José Carlos Lorenzo Heres
Antonio Martínez Rodríguez
Rosendo Merino Franco
Enrique Moradillos García
Daniel Muñoz Crespo
Pelayo Pérez García
Francisco J. Piquero Álvarez
Juan José Plans
Eliseo Rabadán Fernández
Teófilo Rodríguez Neira
José Manuel Rodríguez Pardo
Elena Ronzón Fernández
Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina
Boris Santana Cabrera
Pedro Santana Martínez
Francisco Sobrino Beneyto
Felicísimo Valbuena de la Fuente
Manuel Varela Ferreiro
Jesús Vega López

Suscripciones
Amparo Martínez Naves

Diseño: Piérides C&S
Composición: Permeso S.L.
Imprime: Baraza, Oviedo

Depósito Legal: O-343-78
ISSN: 0210-0088 / CODEN: BASIET

Edición Electrónica:



<http://www.filosofia.org>
basiel@fgbueno.es

grupo helicón

EL BASILISCO

Apartado 360 / 33080 Oviedo (España)

Revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura
ELBASILISCO. Segunda época. Número 38. 2006

Actas del I Encuentro Internacional
sobre la Guerra de la Independencia
(Oviedo, 19-21 abril 2006)

Alicia Laspra Rodríguez
Presentación / 3

Jean-René Aymes
*Las visiones francesas
de la guerra de la Independencia / 7*

Antonio Ventura
*Portugal en la Guerra de la Independencia.
Guerra peninsular / 25*

Vittorio Scotti Douglas
*El Conde Cesare de Laugier,
un olvidado cronista de los italianos
en la Guerra de la Independencia / 31*

Jan Stanislaw Ciechanowski
*La visión polaca
de la Guerra de la Independencia / 41*

Diego Saglia
*El gran teatro de España:
la Guerra de la Independencia como espectáculo
de la cultura romántica inglesa / 55*

Andrés Cassinello
*El ejército español en la Guerra de la Independencia:
un análisis militar / 65*

Artículos

José Manuel Vázquez Romero
La sociedad científica en los escritos del Sexenio / 79



BIOGRAFÍAS AUTORES

Jean-René Aymes. Ex catedrático de civilización española (siglos XVIII y XIX) de la Universidad de París III - Sorbona Nueva. Se ha dedicado al estudio de las relaciones multiformes entre España y Francia: conflictos armados, influencias literarias recíprocas, relatos de viajes, imágenes del «otro». Ha escrito más de cincuenta artículos tanto en francés como en español, y publicado varios libros en España, en particular: *La guerra de España contra la Revolución francesa, 1793-1795* (Alicante, 1991), *Los españoles en Francia, 1808-1814 - La deportación bajo el Primer Imperio* (Madrid, 1987) y *La guerra de la Independencia, 1808-1814* (Madrid, 5ª ed., 2003).

Andrés Cassinello Pérez. Teniente General del Ejército de Tierra en situación de 2ª Reserva, Diplomado de Estado Mayor, Graduado de la *Special Warfare School* de los EE.UU., Graduado de la *U.S. Army Command and General Staff College*. Es autor, entre otros, de *Operaciones de Guerrillas y Contraguerrillas* (Madrid 1966), *Juan Martín el Empecinado o el amor a la libertad* (Madrid 1995), *Comisión redactora de la Historia de la Infantería Española* (Madrid, 1993-2001).

Alicia Laspra Rodríguez doctora en Filología Inglesa por la Universidad de Oviedo y diplomada en Estudios Norteamericanos por la Universidad de Nueva York. En la actualidad es profesora en el Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa de la Universidad de Oviedo. Es autoridad internacional en las relaciones hispanobritánicas durante la Guerra de la Independencia, temática sobre la que ha publicado diversos artículos, así como dos libros: *Intervencionismo y Revolución: Asturias y Gran Bretaña durante la Guerra de la Independencia (1808-1813)*, con prólogo de Raymond Carr, y *Las relaciones entre la Junta General del Principado de Asturias y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en la Guerra de la Independencia*, con prólogo de Alberto Aza. Tiene también varias publicaciones sobre cuestiones de lingüística aplicada.

Diego Saglia. Profesor Asociado de Literatura Inglesa en la Universidad de Parma (Italia). Su labor investigadora se centra en la literatura y la cultura británicas de la época del Romanticismo, habiendo publicado numerosos trabajos acerca de distintos aspectos del teatro, la poesía y la novela del período 1780-1830.

Vittorio Scotti Douglas. Desde 1996 colabora con la cátedra de Historia Contemporánea de España de la Università degli Studi di Trieste. Perteneció al *Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano* y es consejero del *Comitato di Milano* para el trienio 2005-2008. De entre sus publicaciones las más recientes son: «La guerrilla en la Guerra de la Independencia: ¿ayuda imprescindible para la victoria o estorbo grave e inoportuno?», en Marion Reder Gadow, Eva Mendoza García (Coords.), *La Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia (1808-1814). Actas de las I Jornadas celebradas en Málaga los días 19, 20 y 21 de septiembre de 2002*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga 2005, págs. 63-92.

Jan Stanislaw Ciechanowski. Profesor del Centro de Estudios sobre la Tradición Antigua en Polonia y Europa Centro-Oriental de la Universidad de Varsovia. Se dedica a la inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, la región del Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial, la historia de Enigma, la Guerra Civil Española, la participación polaca en la Guerra de Independencia Española.

José Manuel Vázquez Romero. Doctor en Filosofía y Profesor de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Secretario del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería de la Universidad P. Comillas. Ha realizado distintos estudios acerca de la historia moderna del pensamiento español, entre los que pueden destacarse *Tradicionalismo y moderados ante la difusión de la filosofía krausista en España* (Madrid 1998), (en colaboración con el Prof. Enrique M. Ureña) *Giner de los Ríos y los krausistas alemanes. Correspondencia inédita. Con introducción e índices* (Madrid 2003), (junto con el Prof. Pedro F. Álvarez Lázaro) *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios* (Madrid 2005).

António Ventura. Profesor del Departamento de Historia de la Facultad de Letras de Lisboa. Director de la *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*. Académico de la Academia Portuguesa de la Historia. Director del Centro de Historia de la Universidad de Lisboa. De entre sus publicaciones más recientes destacan *O Reinado de D. Miguel. Os Últimos Meses vistos por un Oficial do General José Ramon Rodil e pelo Barão de Los Valles* (2002), *A Guerra das Laranjas* (2004) (Prémio Fundação Gulbenkian de História Moderna e Contemporânea da Academia Portuguesa da História em 2004), *Estudos de História e de Cultura Portuguesas Contemporâneas* (2004); *Charles Napier, A Guerra da Sucessão, D. Pedro e D. Miguel* (2005); *Mousinho da Albuquerque* (2005); *O Algarve visto pelos Estrangeiros* (2005).

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

EL BASILISCO, revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura, considerará para su publicación todos aquellos trabajos relacionados directamente con su temática y sus secciones, que le sean remitidos con este fin.

Se acusará recibo de oficio de todos los originales que sean enviados a la revista y se solicitará la adecuación de los mismos, en su caso, a los requisitos formales que se explicitan (sin que esto prejuzgue sobre su aceptación final). La revista informará a los autores, en el menor plazo posible, acerca de la aceptación o no de sus trabajos, una vez sometidos a los mecanismos de evaluación previstos, así como las previsiones de edición en función de las circunstancias de programación de los números. La revista se reserva el derecho de proponer a los autores modificaciones formales en sus trabajos cuando lo considere necesario.

Los trabajos deberán estar escritos en español y ser inéditos. En general, no se aceptarán trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o que se encuentren en curso de publicación. Como indicación se recomienda que los artículos que se presenten, sin haber sido solicitados, no tengan una extensión superior a 12 páginas (de 1.800 caracteres).

Cada original deberá incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del artículo); el nombre del autor y su dirección postal completa; un resumen informativo del contenido (que no exceda de 150 palabras); el texto principal; las notas y la bibliografía (en su caso). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán una numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto.

La revista agradecerá a los autores que utilicen procesadores de texto hagan llegar a la revista, junto con las copias impresas de su trabajo, un disco con los archivos que contengan el original (indicando el tipo de máquina y de programa de tratamiento de texto que se ha utilizado). Se sugiere, en este caso, para una eventual mejor utilización directa de estos textos, presentarlos sin justificar y sin palabras partidas.

Todos los trabajos se enviarán a la Secretaría de Redacción, El Basilisco, Apartado 360, 33080 Oviedo (España), en duplicado ejemplar, junto con una carta del autor principal en la que se ofrezca el original para su publicación en EL BASILISCO y se exprese si el trabajo es inédito o se encuentra sometido, simultáneamente, a examen para otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias pueden parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes).



El conde Cesare de Laugier, un olvidado cronista de los italianos en la Guerra de la Independencia

Vittorio Scotti Douglas
Italia



Como he escrito, en otras ocasiones¹, sobre las fuentes italianas relativas a la Guerra de la Independencia, explicando cómo se trata de un rico manantial prácticamente ignorado por todos los historiadores del período, sean británicos, franceses o españoles. Sin mencionar, una vez más, los documentos olvidados en los archivos italianos, que nadie ha explorado nunca en este sentido². Aunque se hable sólo

de fuentes impresas, como máximo se cita —frecuentemente desfigurando su nombre— a Camillo Vacani³, puede que porque su obra fue publicada de manera oficial por la Imprenta Imperial y Regia del gobierno austriaco en Milán⁴.

Algunos pocos estudiosos hacen además fugaz referencia a las memorias del general napolitano Guglielmo Pepe⁵, que en su larga y arriesgada vida de soldado y patriota pasó también a combatir en España, pero normalmente aquí acaban las citas de autores italianos⁶.

Pero hay otras fuentes impresas, formadas en su mayoría por las memorias de algunos de los oficiales que se quedaron mucho tiempo en España bajo las banderas del Reino de Italia o del Reino de Nápoles⁷. Y es verdaderamente una

(1) Cfr. Vittorio Scotti Douglas (con Francesca Maria Lo Faro), *Las fuentes italianas sobre la Guerra de la Independencia: archivos y libros*, en Francisco Miranda Rubio (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, Pamplona, Eunote, 2002, págs. 343-355; Vittorio Scotti Douglas, *Los Italianos en la Guerra de la Independencia: una primera aproximación*, en Francisco Acosta Ramírez (ed.), *Conflicto y sociedad civil en la España napoleónica. Actas de la V Jornada sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*, Jaén, Universidad de Jaén, 2004, págs. 47-75; y por último el volumen, que saldrá dentro del año, *Gli italiani in Spagna nella guerra napoleonica (1807-1813). I fatti, i testimoni, l'eredità. Atti del IV Convegno internazionale di «Spagna contemporanea»*. Novi Ligure, 22-24 ottobre 2004, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2006.

(2) El primer estudioso contemporáneo que ha buscado en los archivos italianos datos sobre los italianos en España en nuestro período ha sido Franco Della Peruta, *Esercito e società nell'Italia napoleonica*, Milano, Franco Angeli, 1988, que ha dedicado muchas páginas a los italianos en España, en el párrafo *Uomini e corpi: in Italia, in Spagna, in Russia*, págs... Su trabajo de investigación ha portado exclusivamente sobre los documentos del Archivio di Stato di Milano (ASM). Más recientemente Arianna Arisi Rota ha empleado el mismo Archivo para darnos un ensayo sobre el «giornale storico» della divisione Pino (settembre 1808-gennaio 1811), en Vittorio Scotti Douglas (ed.), *Gli italiani in Spagna nella guerra napoleonica...*, cit. Para el ejército del Reino de Nápoles hay que referirse siempre a Nino Cortese, *L'esercito napoletano e le guerre napoleoniche. Spagna Alto Adige Russia Germania*, Napoli, Ricciardi, 1928.

(3) Vacani nació en Milán el 15 de julio de 1784 y estudió con honor a la Escuela Militar de Módena, de donde salió el 12 de septiembre de 1807 (cfr. Archivio di Stato di Milano (ASM), *Ministero della Guerra(MG)*, cart. 439.

(4) Camillo Vacani, *Storia delle campagne e degli assedi degl'italiani in Ispagna dal MDCCCVIII al MDCCCXIII*, 3 voll. y un atlas, Milano, Imperial Regia Stamperia, 1823.

(5) Guglielmo Pepe, *Memorie del generale Guglielmo Pepe intorno alla sua vita e ai recenti casi d'Italia scritte da lui medesimo*, 2 voll., Parigi, Baudry, Libreria Europea, 1847.

(6) Pedro Pascual, *Curas y frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia. Las partidas de cruzada, reglamentadas por el carmelita zaragozano P. Manuel Traggia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)-Diputación de Zaragoza, 2000, citó por primera vez otra obra italiana, las anónimas *Osservazioni, aggiunte, schiarimenti, emende e considerazioni storico-militari all'opera del Sig. Cav. Maggiore Vacani intitolata Storia delle campagne e degli assedi degl'Italiani in Spagna*, Firenze, Batelli, 1828, cuyo autor fue, como he descubierto y explicado en otra ocasión, Antonio Lissoni.

(7) Para estudiar los ejércitos «italianos» del período napoleónico existen ahora algunos estudios importantes y recientes. No se puede todavía prescindir de la obra de Alessandro Zanolli, *Sulla*

lástima descuidar estos libros, ya que se pierde una importante visión de la contienda, a través de los ojos menos parciales y en algunos casos hasta simpatizantes de observadores externos, independientes en cuanto a las razones de la guerra e interesados por la nueva y diferente realidad ofrecida por la escena española.

Nadie se acuerda por ejemplo de los escritos del oficial de caballería Antonio Lissoni, que en los dos volúmenes de sus *Episodi della guerra combattuta dagli Italiani in Ispagna* (1843) o en *Gl'Italiani in Catalogna. Lettere di A. L. ufficiale di cavalleria italiano*⁸, publicado anónimamente en 1814, e inmediatamente secuestrado por las autoridades austriacas, por un lado hacía resaltar la diferencia y la unidad de la guerra española, que molestaba sobremanera a los mandos franceses, y por otro destacaba, con expresiones de compartida pasión, el compromiso patriótico de los españoles, y especialmente del pueblo⁹.

Tenemos todavía las interesantes *Memorie postume* del coronel Costante Ferrari, de Reggio Emilia, que participó en el primer contingente italiano en España y se quedó hasta al fin de 1813¹⁰, y no podemos olvidar las memorias del príncipe napolitano Francesco Pignatelli di Strongoli, con el magnífico estudio preliminar de Nino Cortese¹¹.

Pero hay un personaje, objeto específico de este estudio, que tiene un interés quizás mayor al de los escritores mencionados. Me refiero al general Cesare Niccolò Giovacchino De Laugier¹², conde de Bellecour, nacido en Portoferraio, en la Isla de Elba, el 5 de octubre de 1789, hijo de un militar lorenés al mando de la plaza y de una toscana. Los De Laugier, como otras muchas familias lorenas, habían seguido a su soberano, Francesco Stefano, casado en 1736 con María

Teresa de Habsburgo, y gran duque de Toscana desde 1737 en virtud de la extinción de la línea masculina de la familia Medici¹³.

El joven Cesare, con su italiano vacilante y siempre lleno de galicismos, al término de una juventud rebelde consiguió alistarse el 27 de octubre de 1807 —después de un breve paso como cadete por el regimiento toscano Carlo Ludovico— en el regimiento de los Veliti Reali¹⁴, cuerpo de élite del Reino de Italia y, en noviembre del mismo año, estaba ya en marcha hacia España. Su valor le mereció tempranamente (18 de agosto de 1808) la condecoración de la Corona di Ferro (Corona de Hierro) que le fue entregada por el general Duhesme, y en noviembre la promoción a cabo. En julio de 1809 el general Lechi le entregó la Legion de honor y obtuvo otro ascenso —a sargento— por su valiente comportamiento en las refriegas cerca de Gerona. A fines de 1809 —por una grave enfermedad— tuvo que volver a Italia, y en 1810 fue ascendido a teniente. Participó en la campaña de Rusia, volvió de capitán, ascendió a comandante en 1835, y a coronel en 1847. En 1848 fue nombrado general honorario de las tropas toscanas enviadas a Lombardía y las mandó con energía y valor en la célebre batalla de Curtatone y Montanara¹⁵. Murió, ya muy mayor, en la Italia finalmente unida e independiente, el 25 de mayo de 1871¹⁶.

Vuelto a la vida civil después de la Restauración, De Laugier emprendió la redacción de sus obras históricas, empezando con un importante y poco conocido relato en cuatro volúmenes sobre la campaña de Rusia, publicado anónimamente entre 1826 y 1827, *Gli Italiani in Russia. Memorie di un ufficiale italiano per servire alla storia della Russia, della Polonia e dell'Italia nel 1812*.

milizia cisalpino-italiana. Cenni storico-statistici dal 1796 al 1814, 2 vols., Milano, Borroni e Scotti, 1845, pero son fundamentales los estudios de Franco Della Peruta, *Esercito e società...*, cit., y de Piero Crociani, Virgilio Ilari, Ciro Paoletti, *Storia militare del Regno Italico (1802-1814)*, 2 voll. en tres tomos, Roma, USSME, 2003; Virgilio Ilari, Piero Crociani, Gian Carlo Boeri, *Le Due Sicilie nelle guerre napoleoniche*, 2 voll., Roma, USSME, en vías de publicarse.

(8) *Gl'Italiani in Catalogna, Lettere di A.L. ufficiale di cavalleria italiano*, Londra, 1814. La indicación de Londres como lugar de edición era falsa. Véase sobre el episodio del secuestro Marino Berengo, *Intrellettuali e librai nella Milano della Restaurazione*, Torino, Einaudi, 1980, págs. 81-82, 130 y notas en que se encuentran las referencias del ASM sobre los procesos a los libreros. Los *Episodi della guerra combattuta dagli Italiani in Spagna* fueron publicados en dos volúmenes por Chiusi a Milán en 1843.

(9) Sobre Lissoni puede ahora verse Francesco Mincone, *Antonio Lissoni e Gl'italiani in Catalogna*, en Vittorio Scotti Douglas (ed.), *Gli italiani in Spagna nella guerra napoleonica (1807-1813)*..., cit.,

(10) Costante Ferrari, *Memorie postume*, con introducción y notas de Mario Menghini, Milano-Varese, Fasani, s.d. (1945?); primera edición Rocca San Casciano, Felice Cappelli, 1855. Esta reimpresión es idéntica a la publicada en Milano, ISPI, 1942.

(11) Nino Cortese (ed.), *Memorie di un generale della Repubblica e dell'Impero. Francesco Pignatelli di Strongoli*, 2 voll., Bari, Laterza, 1927.

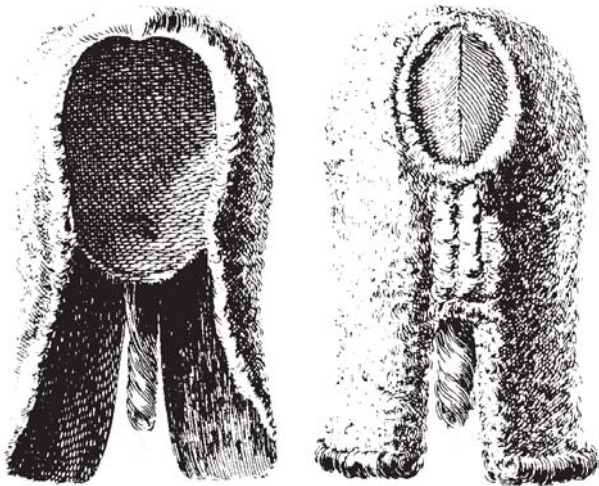
(12) Para una biografía, y bibliografía, completa sobre De Laugier cfr. *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1988, XXXVI, págs. 281-289. Véase también Alessandro D'Ancona, *Ricordi ed Affetti*, Milano, Treves, 1902, págs. 67-101, el capítulo dedicado a De Laugier.

(13) La familia De Laugier fue naturalizada toscana, como las otras procedentes de Lorena, gracias al despacho granducal de 1751. Más tarde la familia añadió noticias interesantes para confirmar su nobleza, produciendo una sentencia de Nancy. Para posteriores noticias sobre los De Laugier en Toscana véase Marcella Aglietti, *Le tre nobiltà*, Pisa, ETS, 2000, en particular pág. 234.

(14) Los Veliti, como las Guardias de honor, habían sido creadas por el mismo Napoleón el 20 de junio de 1805, para servir «cerca de la persona del rey». Después de un servicio de dos años los jóvenes entrarían en los batallones y regimientos del ejército, con la graduación de sargento. Cfr. el texto impreso del decreto de creación en ASM, *MG*, cart. 713. Cfr. Alessandro Zanoli, *op.cit.*, I, págs. 14-15, 177. Véase también Piero Crociani, Virgilio Ilari, Ciro Paoletti, *Storia militare del Regno Italico (1802-1814)*, cit., I, 2, págs. 541-544.

(15) Sobre el episodio véase ahora Costantino Cipolla, Fiorenza Tarozzi (eds.), *Tanto infausta sì, ma pur tanto gloriosa. La battaglia di Curtatone e Montanara*, Milano, Franco Angeli, 2004, y especialmente el párrafo 3.3 (págs. 76-79) del ensayo de Costantino Cipolla, «*Questi Rubini campestri...*». *Lettura sociologica di una sconfitta vittoriosa*, págs. 17-81, y mi contribución *Contro ogni aspettazione i Toscani fecero testa... Una lettura militare della battaglia*, págs. 82-107.

(16) Cfr. Aulo Gasparri, *La coscrizione militare e la partecipazione degli elbani alle imprese napoleoniche*, en «*Rivista italiana di studi napoleonici*», 1989 (XXVI), n.1, págs. 147-163 y en particular págs. 154-156. Recientemente de Cesare de Laugier se ha ocupado Marcella Aglietti, en su ensayo *Echi e memorie in Toscana della Guerra de la Independencia (1808-1814)*, en Vittorio Scotti Douglas (ed.), *Gli italiani in Spagna nella guerra napoleonica...*, cit.



Extraeré una cita del mismo, que en mi opinión indica claramente el espíritu con el cual el militar toscano se enfrentaba con la tarea que se había propuesto:

Yo no soy un literato; soy un soldado, amante de su país, que sacudido por la voz de este amor toma la pluma para contar las hazañas de sus compañeros de armas, olvidadas o descuidadas por los autores extranjeros. Aquellos que pretendan encontrar nitidez de estilo, pureza de lengua, o belleza de frases en el escrito de un soldado, se engañarían por completo. La verdad, la imparcialidad, la sinceridad, he aquí los únicos adornos que puedan avalar mi trabajo¹⁷.

Esta misma inclinación dio como resultado, pocos años después, los trece tomos publicados anónimos en Florencia entre 1829 y 1838 con el título *Fasti e vicende di guerra dei popoli italiani dal 1801 al 1815 o Memorie di un ufficiale italiano per servire alla Storia d'Italia nel suddetto periodo*¹⁸.

Entre los escritos históricos de De Laugier éste es el más interesante de todos, y no sólo para los hispanistas, sino para todos los historiadores del período napoleónico. En efecto, en las 5.085 páginas de su obra el autor ofrece una enorme y extraordinariamente rica y original colección de noticias, informaciones, datos biográficos, históricos y militares sobre todo lo que pasó a los soldados italianos implicados en las guerras de Napoleón, y en consecuencia nos informa del entorno de los acontecimientos.

España tiene una parte importante en la obra de De Laugier, pues son sesenta y cuatro los capítulos que el autor dedica a ese país, casi dos mil páginas (1.891 para ser exactos) sobre 5.085, en concreto casi todo el cuarto y quinto tomo, la mitad del sexto, un tercio del séptimo, todo el octavo, casi todo el noveno y todo el décimo. El gran interés está primeramente en el hecho de que De Laugier, como afirma en su preámbulo —repetiendo de alguna forma

lo ya dicho al comienzo de su obra sobre Rusia— no escribe movido por el deseo de fama literaria o de lucro, sino por el fuerte amor a la patria y amistad para con sus compañeros de armas, y excluye la política de los gobiernos, tratándola solo para indicar las causas principales que justifiquen el oficio elegido, el de riguroso historiador militar¹⁹. Y añade De Laugier, hablando de su voluntad de búsqueda de un relato imparcial:

Yo me puse, al escribir, a ocho pasos de los polos, considerando las cosas de este planeta con mirada tranquila y ecuánime²⁰.

El autor continúa explicando como, para poder elaborar una historia completa, ha tenido que pedir noticias fehacientes, relatos y memorias de otros militares y después cotejar los diferentes textos para llegar a la mejor y más verídica versión. Por ser prudente, De Laugier, aunque dando las gracias a quienes le suministraron las noticias de los hechos que no pudo ver directamente, dice que es posible haya imprecisiones o faltas, y explica:

Generalmente se escriben y se cuentan las cosas, o como se ven, o como nos fueron contadas. Las diferencias, que tan frecuentemente se encuentra en los relatos históricos de un mismo acontecimiento, dependen, o del modo distinto de verlo y de apreciarlo, o de la mayor o menor fe que se presta a las tradiciones y a los relatos de otros²¹.

Y volviendo a sus propósitos de verdad e imparcialidad, recuerda la afirmación del general Foy:

Lo más difícil es conocer los hechos, y cuando los conocemos, relatarlos sin faltar a la verdad²².

Observador ecuánime, pues, pero sin emitir juicios de valor:

Yo evito pronunciar juicios, ya que no creo estar a la altura de hacerlo, pero no transijo con las inmoralidades, con el vicio y sobre todo con la traición. Por otro lado en el retiro de mi elección, me parece al escribir, pertenecer a otro siglo, y salir cual fantasma del sepulcro, en donde no existen ya ni pasiones, ni temores, para recordar las pasadas memorias²³.

Las últimas referencias a España —que no añaden nada esencial a lo dicho en los *Fasti*— se encuentran en el trabajo autobiográfico de De Laugier, *Concisi ricordi di un soldato napoleonico italiano*, obra rarísima, de la cual aparentemente se conserva un único ejemplar en la Biblioteca Nacional de Florencia, aunque reeditada por Einaudi en Turín en 1942 a cargo de Raffaele Ciampini como *Concisi ricordi di un soldato napoleonico*²⁴. En conclusión, De Laugier es una fuente formidable, que nadie hasta ahora ha pensado en utilizar.

Su preocupación principal —como hemos visto— es relatar con la mayor exactitud y precisión posibles todos los acontecimientos militares en que han tomado parte militares «italianos» sin comillas, y éste es uno de los motivos del

(17) Cesare de Laugier, *Gli Italiani in Russia. Memorie di un ufficiale italiano per servire alla storia della Russia, della Polonia e dell'Italia nel 1812*, 4 voll., Italia 1826-1827, I, p. III.

(18) Los volúmenes no tienen indicación de lugar, sólo Italia, y Firenze a partir del tercero. En algunos ejemplares —pero no en el mío— se indica Firenze, Batelli & figlio, a partir de 1834.

(19) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., I, Prefazione, pág. 4, 6.

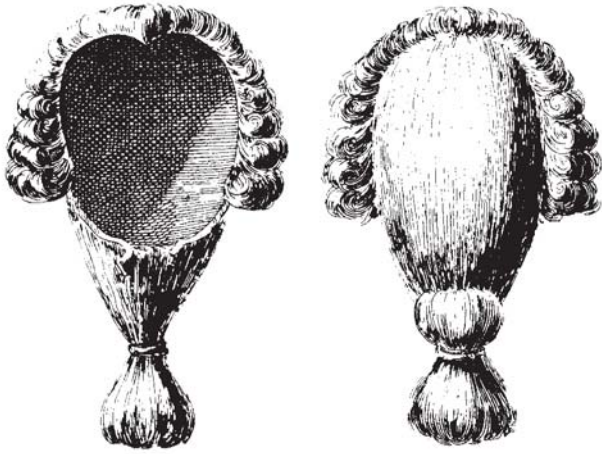
(20) *Ibidem*, pág. 7.

(21) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., V, págs. 137-138.

(22) *Ibidem*, I, pág. 7.

(23) *Ibidem*, VI, pág. 60.

(24) Edición que empleo para las citas.



gran interés que tiene su obra. De hecho Vacani, hablando de soldados italianos, indica claramente que se trata solo de las tropas del Reino de Italia —es decir, de la formación estatal al norte del país que en el cenit de su expansión llegó a cubrir una superficie de 84.000 kilómetros cuadrados con una población de casi 7 millones de almas— y por eso fue también criticado por Pietro Colletta que ya en 1826, en la reseña publicada sobre la *Antología* florentina, le reprochó por haber llamado

milicias italianas sólo a las del pasado reino itálico, como si tales no fueran los soldados piamonteses, genoveses, toscanos, romanos, que, llevando número e insignia franceses, peleaban en distintos regimientos italianos, y mezclados con los soldados de Francia; y como si tales no fueran los cuatro regimientos napolitanos que integraban una distinta legión, y combatían con su propio nombre por su propia gloria; y como si tales no fueran tres mil sicilianos, que fortalecían el ejército de Lord Wellington y participaban en el vencer, el morir, en los honores y las tristezas del ejército aliado inglés²⁵.

Éste no es el caso de De Laugier: él no ignora las diferentes tropas de las distintas regiones, y siempre las cita y habla de ellas con cariño y simpatía, más, evidentemente, cuando se trata de toscanos. Y esto es otro atributo positivo de los *Fasti*: las indicaciones que nos brinda sobre formaciones de soldados italianos, muy difíciles de descubrir de otra manera, a menos que se pasen días y días escudriñando los documentos franceses del castillo de Vincennes. Leyendo los *Fasti* se descubre por ejemplo la participación italiana en el ejército de Junot que efectuó la invasión del Portugal, ejército en el cual había cuerpos de genoveses y piamonteses²⁶. Pero De Laugier habla siempre de italianos, y en una nota precisa que utiliza a veces «napolitano» o «italiano» para indicar tropas de los distintos reinos sólo por razones de claridad, «como

(25) Pietro Colletta, *Osservazioni, aggiunte, schiarimenti, emende e considerazioni storico-militari all'opera del sig. cav. Maggior Vacani*, en «Antología», n. 69, septiembre de 1826. La reseña fue después publicada en Pietro Colletta, *Opere inedite e rare*, 2 voll., Napoli, Stamperia nazionale, 1861, de donde cito, I, págs. 285-340.

(26) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., IV, págs. 100-101. Véase también *Ibidem*, IV, pág. 160, nota 10.

emplearía el diferente número de un regimiento de la misma nación»²⁷.

Esto no quiere decir que De Laugier sea perfecto: su italiano —por ejemplo— es lamentable, y no sólo por afeor la lengua con galicismos, sino por ser, como afirma Raffaele Ciampini, «completamente analfabeto, aunque haya pasado gran parte de su vida escribiendo»²⁸. Sus increíbles y crasos errores de todas clases, gramaticales, sintácticos, de escritura y de conjugación, complican notablemente la tarea del lector moderno. Se percibe al soldado sin cultura ni la menor idea de lo que sea la literatura, que escribe casi con frenesí, tan entusiasmado con lo que cuenta que no le importa cómo lo cuenta.

Considerando las fechas de sus grandes relatos, es fácil averiguar que no haya podido valerse, en su obra de redacción, de otros autores contemporáneos, sobre todo historiadores, ya que los escritos de Antoine-Clair Thibaudeau²⁹, por ejemplo, fueron publicados entre 1827 y 1835³⁰, y los catorce volúmenes del barón Bignon entre 1829 y 1850³¹.

En las páginas de De Laugier se aprecia la rica documentación y la información precisa y cierta: principalmente son sus mismas memorias las fuentes —como dice el subtítulo de los *Fasti: Memorie di un uffiziale italiano*—, pero también cartas, documentos, memorias, relatos, y toda clase de escritos sobre los acontecimientos de los que pudo apoderarse o por lo menos conocer. Por otro lado, y con mucha honestidad, nos avisa que no hará uso de lo que hayan ya dicho otros, como Alessandro Zanoli, el propio Vacani o Antonio Lissoni, ya que su mayor deseo es completar, corregir y perfeccionar el relato de las hazañas de los italianos, olvidadas, descuidadas o pasadas por alto por los historiadores galos. Esta afirmación merece ser matizada, como se verá más abajo, ya que en algunos casos De Laugier toma prestadas frases enteras de autores anteriores, sin citarlos.

En cuanto a las historias generales de la guerra, y pensando en el lector italiano, De Laugier, después de haber mencionado los documentos recopilados por Pedro Cevallos, Juan de Escoiquiz, &c., cita —al inicio de su narración sobre los acontecimientos de España— la obra del inglés George Elliot, traducida al italiano y publicada en Pisa en 1817³².

Por otro lado sí fueron empleadas las diferentes memorias de generales franceses publicadas hasta la fecha, que De Laugier ciertamente se procuraba, pues él cita por ejemplo,

(27) *Ibidem*, VIII, pág. 39, nota a.

(28) Raffaele Ciampini, *Introduzione*, a *Concisi ricordi...*, cit., pág. 13.

(29) Antoine-Clair Thibaudeau, *Histoire générale de Napoléon Bonaparte, de sa vie privée et de sa vie publique, de sa carrière politique et militaire, de son administration et de son gouvernement*, 6 vol., Paris, Ponthieu, 1827; Idem, *Le Consulat et l'Empire ou histoire de la France et de Napoléon Bonaparte de 1799 à 1815*, 10 voll., Paris, Renouard, 1834.

(30) Sobre Thibaudeau y los primeros historiadores franceses del Imperio, cfr. Raffaele Ciampini, *Napoleone visto dai contemporanei*, Torino, 1929.

(31) Louis-Pierre-Édouard, Baron Bignon, *Histoire de France depuis le 18 brumaire (novembre 1799) jusqu'à la paix de Tilsitt (juillet 1807)*, 14 vol., Paris, Béchét, Firmin Didot, 1829-1850.

(32) Giorgio Elliot, *Storia della rivoluzione di Spagna tradotta dall'originale inglese*, Pisa, Capurro, 1817.

como hemos visto, al general Foy³³, o al general Laurent Gouvion-Saint-Cyr³⁴.

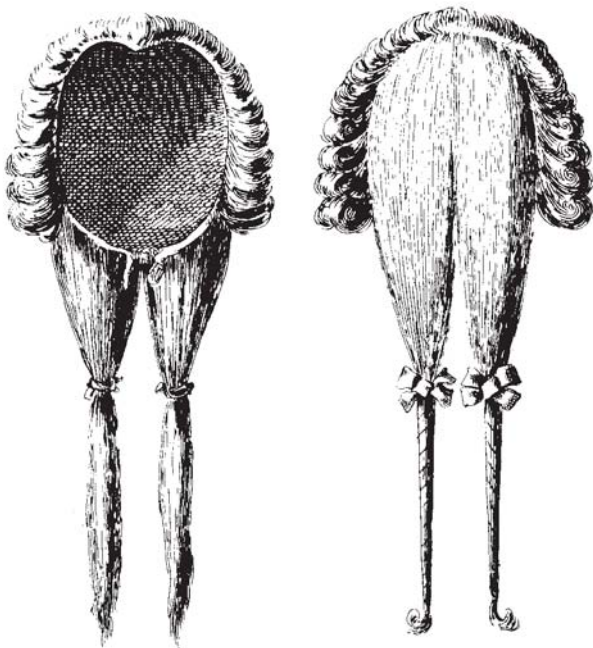
España entra en la obra de De Laugier a comienzos del capítulo séptimo del libro uno del cuarto tomo, de forma dramática y, por una vez, literariamente agradable:

Importante por numerosos acontecimientos es el cuarto trimestre de 1807. Si ya no se escucha el fragor inhumano de la guerra, rechina empero en el silencio de algunos gabinetes la pluma de los diplomáticos, que sin darse cuenta dictan la sentencia del combate más encarnizado y feroz que nunca haya ocurrido³⁵.

Y en breves páginas el autor nos brinda una descripción acertada de la situación española entre 1792 y 1806, con algunas observaciones interesantes, por ejemplo —a propósito de la reacción de los portugueses a la invasión francesa— citando la noble postura luchadora del marqués de Alorna:

Luchamos por nuestra patria en contra de cualquiera que intente atacarla. Si el cielo decidió que caiga, caeremos con ella, mas moriremos con honor³⁶.

De Laugier emplea después las páginas de su diario juvenil para contarnos la larga y agotadora marcha desde Milán hacia la frontera española, y su destino provisional en Perpignan para formar parte del cuerpo de observación de los Pirineos orientales, al mando del general Lechi y de Duhesme.



No es posible seguir detenidamente el paso de las tropas hasta Barcelona, ni la narración de la estratagema —bien

(33) Maximilien Sébastien Foy, *Histoire de la guerre de la Péninsule sous Napoléon*, 4 voll. y un atlas, Paris, Baudouin, 1827.

(34) Laurent Gouvion de Saint Cyr, *Journal des opérations de l'armée de Catalogne (1808-1809)*, Paris, Anselin et Pochard, 1821.

(35) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., IV, pág. 92.

(36) *Ibidem*, IV, págs. 102-103.

conocida por muchas y distintas fuentes— con que los franco-italianos se adueñaron de los fuertes de la ciudad, pero quiero citar dos pequeñas observaciones de De Laugier, reveladoras de su espíritu. Afirma el autor, hablando de la situación de las tropas italianas mientras se discutía entre Duhesme y Ezpeleta la rendición del Montjuich, que «un silencio hondo y melancólico reinaba entre nosotros. Lo causaba la turbación de espíritu en que nos tenía el asco de lo cometido, aunque ordenado. Nos parecía que no era el mejor prelude para una carrera gloriosa»³⁷. Y algunas páginas después —siempre sobre la toma de los fuertes de Barcelona— afirma:

Pero no es por eso menos cierto que fue violado el derecho de gentes, vilipendiadas las leyes de guerra, y hecha justificable la posterior conducta de los españoles. El ahorro del derramamiento de sangre no es un pretexto válido, sobre todo en las armas, para excusar una traición³⁸.

Consideración análoga, y con una de sus pocas críticas a Napoleón, encontramos en los tardíos *Concisi ricordi*:

En el resto de España, y en el mismo día y hora, ocurría la misma felonía. ¡Esta fue una página única y torpe en la historia del Gran Napoleón! ¡Pero fue el punto de partida de sus subsiguientes desventuras³⁹!!

Altamente dramáticas son las páginas que cuentan el Dos de Mayo, y sobre todo la bizarría fatal de Daoíz y Velarde, en el Parque de Artillería, «lugar donde los españoles lucharon con honor inmortal, y que mostró lo formidable que puede ser un pueblo resuelto a preferir la muerte a la ignominia»⁴⁰, escritas con abierta simpatía por la causa española.

Hay después algunas frases sobre la postura de los españoles ante las ventajas de la invasión extranjera, con su aportación de «civilización» y de «modernidad», que tienen un sonido casi profético todavía hoy:

Resulta imposible hacer creer a un pueblo que gana algo en ser invadido o conquistado por una nación más civilizada que él mismo. Es imposible hacer bien a las naciones si ellas están en contra⁴¹.

El tomo quinto se abre citando a Oviedo: «Oviedo en las Austrias [por Asturias] desplegó el primero, el 9 de mayo, el estandarte de la independencia»⁴², y continúa relatando el rápido desparramarse de la insurrección, el nacimiento de las distintas Juntas, y la organización militar fomentada por la de Sevilla con la creación de algunos ejércitos y la promulgación de las *Previsiones*, en las cuales se daban preciosos principios de táctica y de estrategia, que se pueden resumir con el imperativo de nunca acometer al enemigo en campo abierto, y sobre todo la indicación, en el punto 2, de que

nos conviene pues, una guerra de partidas, de embarazos, de consumir los Ejércitos enemigos por falta de víveres, de cortar puentes, hacer cortaduras y demás en los puntos que

(37) *Ibidem*, IV, pág. 198.

(38) *Ibidem*, IV, pág. 203.

(39) Cesare De Laugier, *Concisi ricordi...*, cit., pág. 48.

(40) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., IV, pág. 269.

(41) *Ibidem*, IV, pág. 278.

(42) *Ibidem*, V, pág. 9.

convenga, y otros medios semejantes. Convida a ello la situación de España, sus muchos montes y desfiladeros, que ofrecen estos, sus ríos y arroyos, la colocación misma de las provincias para hacer esta guerra con felicidad⁴³.

Añade pues De Laugier:

Además de estos ejércitos se formaron muchas guerrillas capaces de apoyarlos, haciendo al enemigo aquella guerra pequeña y desparramada, mucho más molesta y peligrosa que la regular⁴⁴.

Sigue aquí la crítica a Murat, que «se había ilusionado con que sería suficiente enseñar el Águila y los uniformes de las legiones victoriosas en los diversos puntos de las provincias españolas para amedrentarlas y hacerlas abandonar su empresa», y que por eso «juzgó de manera demasíadamente liviana la guerra de los pueblos», «por lo que, habiendo tomado ánimo la nación, llegó imperceptiblemente a presentar una resistencia larga, sangrienta y pertinaz»⁴⁵.

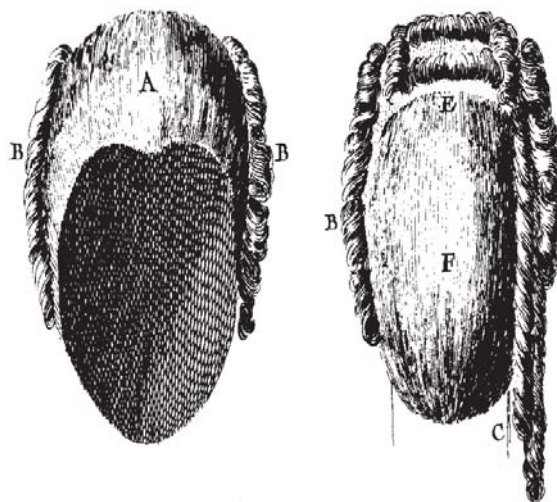
Esta crítica a Murat se repite poco después, recordando cómo «había pretendido calmar las distintas sublevaciones de España enviando una cantidad de columnas móviles, más o menos fuertes, a los diversos puntos en donde se habían manifestado las sediciones», y se añade que Napoleón, que «por lo visto no había apreciado suficientemente los movimientos insurreccionales», no había desaprobado el método adoptado por su edecán⁴⁶.

Como he mencionado más arriba y acabo de mostrar, De Laugier no duda en criticar también a Napoleón, como cuando dice que la composición del ejército de los Pirineos orientales —como la de casi todos los ejércitos franceses en España— demostraba «la idea equivocada que Napoleón se había formado de la guerra o de la conquista de España». Y continúa:

Parece que él se había imaginado poder lograr este dominio sin combatir contra los españoles. Ya que aunque las tropas destinadas a la tarea fuesen numerosas, no tenían ni la robustez, ni el vigor necesarios para una difícil empresa, siendo todas nuevas, totalmente faltas de experiencia y juntadas de distintos y diferentes regimientos⁴⁷.

Más adelante acusa al Emperador de haber «imprudentemente provocado» la guerra de España⁴⁸, y finalmente —aunque intentando buscar algunas justificaciones— se extiende diciendo:

Napoleón, que al comienzo parece haber imaginado esta guerra como una sublevación de pocos descontentos, fácil de reprimir, obligado a cambiar de opinión después de las insólitas derrotas



sufridas por su ejército, se quejaba por haber escuchado a Talleyrand con demasiada condescendencia⁴⁹.

Pocas líneas abajo continúa, citando directamente al Emperador mientras se queja de Godoy, Talleyrand y Murat por haberle engañado, pues «la nación Española muestra una energía que yo nunca le habría atribuido»⁵⁰.

Hay también críticas desde el punto de vista militar, por haber dividido el mando y, por no haber enviado tropas suficientes. Aunque Napoleón sea «adorado» por De Laugier⁵¹, la honestidad del militar experto gana sobre el deseo de dejar perfecto su símbolo del Gran Emperador⁵².

Pero para emitir el juicio más duro, desde el punto de vista ético, contra su «adorado» Napoleón, De Laugier prefiere empezar recordando una cita del barón Paul Henri Dietrich Holbach⁵³, que empieza:

Nosotros llamamos pomposamente virtudes a todas aquellas acciones que favorecen la seguridad del dueño y el temor del siervo,

para continuar después:

También Napoleón imponía y quería la observancia de la justicia en España, pero, ¿podía él pretenderla después de haberla violado el primero? Quien ha depredado por ambición provincias enteras, ¿puede en conciencia condenar a quien por hambre roba pan?⁵⁴.

(49) *Ibidem*, V, págs. 283-284.

(50) *Ibidem*.

(51) Cesare De Laugier, *Concisi ricordi...*, cit., pág. 48, nota 1.

(52) Para las observaciones sobre la división del mando, las riñas y disensiones entre los generales, &c. cfr. Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., VI, págs. 173-174; VIII, pág. 10; *Ibidem*, pág. 169.

(53) Paul-Henri Dietrich Holbach (Heidesheim 1723-París 1789), fue un filósofo francés que sostuvo una concepción materialista y atea de la naturaleza, de la sociedad y del hombre, que miraba a hacer el hombre libre de la sujeción religiosa, considerada como obstáculo fundamental a su emancipación social y cultural. Su obra principal es el *Système de la Nature ou des lois du monde physique et du monde moral*, 2 vol., publicado en Londres en 1770 con el seudónimo de Mirabaud.

(54) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., IX, págs. 163-164.

Veremos ahora, por otro lado, cómo habla de los españoles el militar toscano. En algunas cartas inéditas, escritas en los primeros meses de 1809, los define con un pueblo «muy pacífico, que puede como máximo albergar en su seno algunos «bandidos»⁵⁵. Esta evaluación genérica cambia y resulta más profunda en los *Fasti*. En dos ocasiones nota De Laugier cómo el pueblo, que había acudido en gran número a la entrada de José Bonaparte en Madrid el 20 de julio de 1808, y a la de las tropas franco-italianas en Barcelona el 18 de diciembre de 1808, no manifestó el menor entusiasmo:

Los corazones estaban cerrados como las bocas; pocas personas había llamado la curiosidad a las ventanas o en las calles. El nuevo soberano tuvo que sentirse humillado por semejante acogida: era el silencio del desierto... Aquí, como en otro lugar, el populacho insensato e ignorante... mira estúpidamente de cerca su mal, su deshonor, su vergüenza: pero no aplaude, mostrándose, a lo menos por esta razón, no merecedor del cautiverio en el que ha caído⁵⁶.

Y añade una consideración del general italiano Domenico Pino⁵⁷:

Los venzo gustosamente, mas como muestran un carácter firme y constante no puedo por menos de apreciarlos⁵⁸.

De nuevo a propósito del coraje español, dice el toscano:

Si estos hombres hubieran sabido combatir como sabían morir, la ocupación habría tenido una corta duración, pronto los Franceses habrían estado obligados a volver a pasar los Pirineos⁵⁹.

El patriotismo español es otra cualidad muy bien considerada por De Laugier, que se deshace en largos elogios, puestos al final de un excursus general sobre la esencia del amor a la patria, «primer deber del ciudadano»⁶⁰:

Los españoles tenían, afortunadamente por ellos, todo lo que es necesario para hacer fuerte, enraizado, indomable el amor de la patria. Era esta misma virtud lo que había puesto en sus manos las armas, como también les había mostrado la insuficiencia de solo estas armas contra nuestro valor y nuestra disciplina, y les había obligado a emplear otros medios, realmente más inhumanos y violentos, pero que se encaminaban todos hacia un único y loable fin⁶¹.

Y un poderoso móvil les impulsaba a la acción: el odio a los franceses:

(55) Archivo del Risorgimento, Firenze, busta 1212, carta de Barcelona al hermano, 19 de enero de 1809, y busta 1214, 26 de abril de 1808, al capitán Vincenzo Badalassi, siempre de Barcelona. Citadas por Marcella Aglietti, *Echi e memorie in Toscana...*, cit.

(56) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., V, pág. 106; *ibidem*, VI, pág. 83.

(57) El General Domenico Pino (Milano 1767-Cernobbio 1828), fue coronel durante la República Cisalpina, Ministro de la Guerra desde la proclamación del Reino de Italia hasta 1806. Peleó en Pomerania y Prusia. Fue en España de 1808 hasta 1810, y en Rusia en 1812.

(58) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., VI, pág. 83, nota a.

(59) Cesare De Laugier, *Fasti...*, cit., V, pág. 223.

(60) *Ibidem*, VI, pág. 113.

(61) *Ibidem*, VI, págs. 113-114.

El odio tradicional hacia los franceses, incubado en el fondo de los corazones desde el siglo XVII, había ya empezado a desarrollarse y después a incrementarse durante la guerra entre España y Francia en los primeros años de la revolución. ... A estas muchas causas, tan graves por sí mismas, se habían añadido la toma engañosa de las fortalezas, la trampa de Bayona, y una razón todavía más poderosa: la superstición⁶².

Entonces —aunque, como se verá, el autor no cese de denunciar las horribles barbaridades cometidas por los españoles— el juicio final de De Laugier sobre los enemigos, al dejar España a fines de septiembre de 1809, es un saludo amistoso y lleno de admiración y respeto:

Adiós, España, tierra sagrada, y que te volverás célebre por el ejemplo noble y generoso ofrecido a los pueblos: adiós, valientes españoles, nosotros os hemos combatido heroicamente, vosotros aborrecéis la causa que servimos, y nosotros, aunque queramos la vuestra, fuimos obligados por el honor a combatirla. Pero ni vosotros ni nosotros nos odiamos por esto, por el contrario la consideración recíproca está esculpida en el fondo de nuestros corazones⁶³.

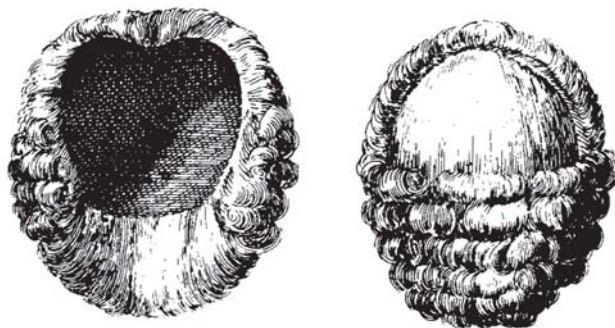
Son sólo 115, de más que 800, los *velites* que vuelven a Milán el 18 de noviembre de 1809.

¿Pero cuál era la guerra que se hacía en España, y que con qué tenían que enfrentarse las tropas napoleónicas? Las respuestas de De Laugier son muy precisas, contundentes y articuladas en torno a dos temas: la lucha popular o el pueblo en armas, y un nuevo tipo de guerra.

Sobre el pueblo en armas, nuestro autor ofrece una primera diferencia importante entre la guerra regular y la otra:

Las tropas regulares suelen ordinariamente tomar muy poca parte en el objeto por el cual pelean; y es más un espíritu de rivalidad que de odio el que las anima unas contra otras. Mas un pueblo entero, insurrecto en masa para oponerse a ejércitos de línea conquistadores, y animado por el mismo y exaltado sentimiento de aversión contra el extranjero, opina que toda manera de luchar es oportuna con tal que conduzca a su fin⁶⁴.

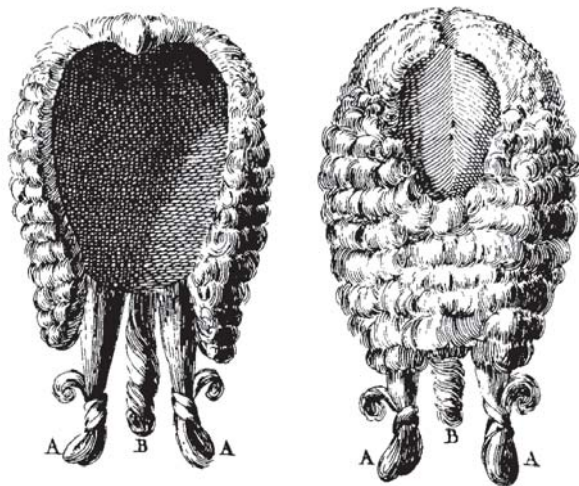
Esta condición cambiaba la postura de los hombres hacia la guerra:



(62) *Ibidem*, V, pág. 222.

(63) *Ibidem*, VIII, pág. 187.

(64) *Ibidem*, V, pág. 288.



Pero tales hechos no mejoraban las condiciones de la guerra, y aunque fueran ventajosas para nosotros, no desanimaban para nada a los valientes españoles; ya que ellos consideraban la guerra que hacían como una cruzada religiosa contra los franceses. El ardiente deseo de ganar que tenían les hacía sufrir con admirable paciencia las privaciones, a las cuales todo el poder de la más severa disciplina, no habrían sabido sujetar las mejores tropas de línea⁶⁵.

La capacidad de sufrir, y soportar las derrotas sin desanimarse es repetidamente subrayada:

Las desgracias a las cuales se someten las otras naciones, considerándolas como inevitables consecuencias de la guerra, eran para los españoles nuevas ocasiones de odio y de furor. Por larga que fuera la duración de la guerra, por grandes que fueran las derrotas sufridas, nunca se desanimaron⁶⁶.

Mas la página donde —en mi opinión— aparece de manera más evidente la diferencia entre la guerra «normal» y la guerra en España, es la siguiente:

De una guerra vigorosa, rápida y regular ... de una guerra donde ejércitos numerosos pelean regularmente en campo abierto unos contra otros, de una guerra finalmente en que los pueblos creen tener que intervenir solamente con los votos del corazón, yo tengo otra vez que trasladar la atención de los lectores a otra diferente guerra, casi toda de insidias, de asolaciones, de crueldades y feroces represalias; guerra lenta, cotidiana, continua, y siempre furiosa, terrible y constante, guerra que roe e insensiblemente consume los cimientos en que se funda el coloso francés⁶⁷.

El carácter de la guerra llega de

los sumos y heroicos esfuerzos del pueblo español, que descuidando cualquier precaución, sacrificando todo y no teniendo en cuenta un antiguo y consolidado prestigio, combate hasta la extinción de sus fuerzas, un ejército fuerte, aguerrido, soberbio por increíbles y rapidísimas victorias y conquistas. Lección por ende utilísima, ya que revela el secreto de la potencia de las masas, de la unión y de la firme voluntad⁶⁸.

(65) *Ibidem*, VI, pág. 163.

(66) *Ibidem*, VII, págs. 371-372.

(67) *Ibidem*, VII, págs. 345-346.

(68) *Ibidem*, VII, pág. 346.

En esta guerra, nota De Laugier —observación que se encuentra en otros muchos autores— los franceses y sus aliados estaban en una situación «de bloqueo continuo, que nos hacía exclusivamente dueños del terreno que pisábamos, adquirido a precio de una siempre sangrienta victoria».⁶⁹

¿Qué pasó en la España ocupada, una vez derrotados los distintos ejércitos regulares? El militar toscano nos lo retrata con gran claridad:

Las partes de la España ocupada por los franceses se recubrieron poco a poco de aventureros armados y de guerrillas, formadas por soldados de línea dispersos y por habitantes de todos los lugares, de las cuales se habían hecho cabecillas activísimos y acometedores muchos campesinos, estudiantes y hasta simples pastores. Estos jefes sin autoridad militar, sin tropas permanentes, no fueron al principio sino una serie de banderines de enganche, por decirlo así, alrededor de los cuales vinieron sucesivamente a reunirse y luchar los habitantes⁷⁰.

Que la guerra en España era diferente, y más amenazadora que los otros conflictos de la Europa napoleónica, lo dice De Laugier citando a un desconocido médico francés:

En esta época España se había convertido en el terror de nuestros soldados. Ellos, siempre ansiosos de entrar en campaña y guerrear, no importa en qué lugar, no pasaban los Pirineos sino con aflicción, y el corazón lleno de siniestros presentimientos⁷¹.

Una sensación muy generalizada, que se encuentra con frecuencia en las memorias de los oficiales franceses, como por ejemplo en las del coronel Jean Marnier:

Un nuevo tipo de guerra iba a empezar para nosotros, una guerra de emboscadas incesantes, de asesinatos, de exterminio. No más batallas comparables a las de Eylau y Friedland, pero sí refriegas cotidianas: por todas partes asaltantes invisibles, escondidos a millares en las matas, en el fondo de los despeñaderos, emboscados en la esquina de cada muro, nunca sosiego ni descanso, la traición siempre y por doquier, día y noche, del otro lado de la calle así como a la cabecera de la cama. Se debía temer a todo, también al huésped que os ofrecía su techo⁷².

En otro lugar se encuentra una definición de la guerrilla, que muy curiosamente ya he encontrado otras dos veces, y siempre con idénticas palabras, en las *Mémoires sur la guerre des français en Espagne* de Albert-Jean-Michel de Rocca⁷³, el conocido último amor de Madame de Staël, y en

(69) *Ibidem*, VII, pág. 375.

(70) *Ibidem*, VIII, pág. 32.

(71) *Ibidem*, IX, pág.

(72) Jean Marnier, *Souvenirs de guerre en temps de paix. 1793-1806-1823-1862. Récits historiques et anecdotiques, extraits des mémoires inédits du colonel d'état-major J. Marnier. Prusse, Espagne, Suisse, Piémont, Provence, Vendée, Danemark*, Paris, Faure, 1867, pág. 36.

(73) Albert-Jean-Michel de Rocca, *Mémoires sur la guerre des français en Espagne*, Paris, Gide & Nicolle, 1814, segunda edición, pág. 139: «La haine nationale qui existait généralement contre les Français avait mis une sorte d'unité dans les efforts non dirigés des peuples, et l'on vit succéder à la guerre régulière un système de guerre en détail, une espèce de désordre organisé qui convenait parfaitement au génie indomptable de la nation espagnole, et aux circonstances malheureuses dans lesquelles elle se trouvait».

Gl'italiani in Catalogna del italiano Antonio Lissoni⁷⁴, ambas obras publicadas el mismo año. He aquí la definición de De Laugier:

El amor patrio, y el odio contra el extranjero invasor, puso un tipo de unidad en los esfuerzos mal dirigidos o totalmente carentes de dirección de los pueblos. A la guerra regular sucedió —donde se encontraban o no se encontraban ejércitos nacionales— un sistema de guerra al detalle, una especie de desorden organizado que se ajustaba perfectamente al genio indomable de la nación española y a las desdichadas circunstancias que atravesaba⁷⁵.

Es muy difícil decidir cuál sea la fuente de De Laugier; quizás en Lissoni, considerando el empleo de muchas palabras idénticas.

Hablando del heroísmo popular, dos episodios de importancia son los sitios de Zaragoza y Gerona. Cómo nuestro autor participó en el segundo, éste es contado con muchos detalles. Dos temas en particular son recurrentes en sus páginas: el odio contra los franceses y la superstición:

Proclamas enérgicas, escritos incendiarios, caricaturas, canciones satíricas, fiestas patrióticas, solemnes procesiones, oraciones públicas, exposición continua de la reliquia de San Narciso, protector de Cataluña, en cuyo nombre sacerdotes y monjes prometían milagros: en fin, todo lo que puede inspirar la superstición, el odio, el desprecio, el desdén, todo se hizo para excitar el ardor, el coraje y el fanatismo de los defensores, cuando Verdier ... y Lechi ... se adelantaron amenazando la plaza. Los curas, los monjes, los frailes prometieron (y cumplieron) ser los primeros yendo de los altares al lugar de mayor peligro, y aconsejaron e impusieron con firmeza a los habitantes que se fijaran en la muerte antes que la ignominia⁷⁶.

La lucha fue terrible, y cuando, en agosto de 1809, los sitiados abandonaron al enemigo el fuerte de Montjuich, el espectáculo que se presentó era espantoso:

La mayor escualidez reinaba en aquel derrumbado lugar. Cadáveres insepultos, miembros mutilados, terreno por todas partes surcado de fisuras, de fosas, ocupado por vigas, o por escombros amontonados; apenas dejaban creer que la defensa hubiera sido tan prolongada. Dieciocho piezas clavadas, todas las herramientas destruida, sacadas las municiones y las pólvoras, tal era la entrega que los españoles hacían de aquel fuerte a los enemigos. Así después de dos inútiles asaltos y cerca de dos meses y medio de trinchera abierta, sólo cuando estaba casi reducido a polvo, cayó este fuerte en nuestras manos, monumento terrible del valor de una nación determinada a morir antes que ceder al vergonzoso yugo extranjero⁷⁷.

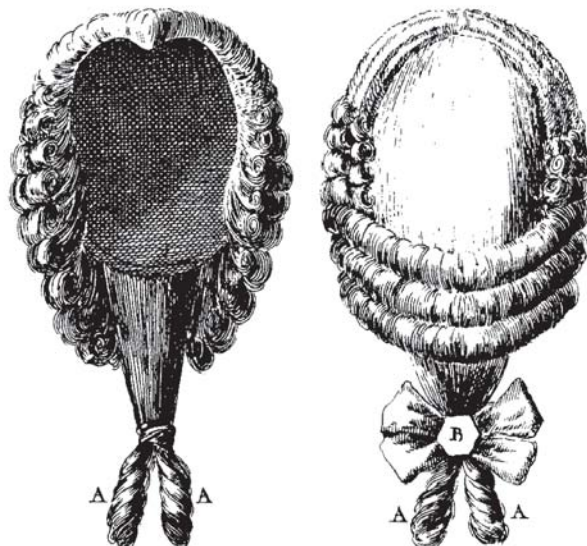
Antes de pasar a algunas consideraciones generales quiero todavía subrayar otros dos puntos de mucha importancia

(74) Antonio Lissoni, *Gl'italiani in Catalogna. Lettere di A.L.*, Londra [pero en realidad Milano], 1814, pág. 346: «L'odio nazionale che generalmente esisteva contro i francesi avea posto una specie di unità negli sforzi senza direzione del popolo, e si vide insieme alla guerra regolare nascere un sistema di guerra a minuto, una specie di sistemato disordine, che perfettamente si adattava al genio indomito della nazione spagnola».

(75) Cesare de Laugier, *Fasti...*, cit., VIII, pág. 32.

(76) *Ibidem*, VII, págs. 407-408.

(77) *Ibidem*, VIII, pág. 91.



en la narración del militar toscano: la crueldad feroz de las represalias, y el hambre. Empezando por la crueldad, asistimos al saqueo de algunos pueblos catalanes

También los pueblos de San Boy y de Molins del Rey, en donde en balde se tocaba a rebato, fueron asaltados, presos, saqueados, y quemados. Las costumbres de la guerra autorizan este tratamiento cruel: era quizás necesario desplegar en principio [junio de 1808] un rigor salutar para trancar el mal en su origen. Pero en estas guerras contra los pueblos en armas, el furor del soldado acaba siempre más allá de la voluntad del general... Es difícil, por no decir imposible, mantener la disciplina en situaciones parecidas⁷⁸.

Mas las represalias españolas son no menos terribles:

Generalmente aquellos de los nuestros que desdichadamente se quedaban atrasados o se alejaban de la columna, eran casi todos masacrados por los mismos hombres que, desaparecidos de sus hogares cuando estábamos llegando, se habían apostado en escondrijos que sólo ellos conocían. Su crueldad y su venganza no se apagaban con la simple matanza, sino que necesitaban los mayores tormentos y atrocidades. Empezaban, en la mayoría de los casos, mutilando a sus víctimas de la manera más horrible. Con frecuencia los quemaban y hubo también casos de sepultados vivos. Todo concurría en dar a esta guerra un decidido carácter de furor y de barbarie. Furiosos nuestros soldados practicaban a su vez terribles venganzas: quemaban toda casa desde la cual se disparase un tiro de fusil, no perdonaban a ningún vecino sorprendido con las armas en la mano... A partir de este momento los relatos militares no ofrecieron más que una serie sangrienta de pueblos saqueados y de ciudades tomadas por asalto; y como ocurría que los ministros de un Dios de paz, transportados por un santo amor de la patria, se convirtiesen en jefes de insurrección y guerra, no se podía impedir que los soldados, aunque acostumbrados desde su más tierna edad a las prácticas religiosas, no quebrasen sus antiguos hábitos, violando los conventos, las iglesias y, algunas veces, hasta el sacrosanto último asilo de nuestros padres, las sepulturas⁷⁹.

(78) *Ibidem*, V, págs. 37-38.

(79) *Ibidem*, V, págs. 80 y 88.

El hambre es la otra gran presencia constante de la guerra, y las descripciones nos muestran cómo el bando franco-italiano y el español son afectados de una manera brutal:

La falta absoluta de carne... obligaba tanto a los soldados como a los generales a compartir la de los caballos muertos por una enfermedad cualquiera. Se veía con frecuencia a los pobres infantes, cuando sabían que se había matado a un caballo, correr afanados alrededor del esqueleto, y atarearse todos con sus pequeños cuchillos para sacar un poco de la carne, que por suerte se había quedado aquí o allá... Los mulos, las acémilas, los gatos, y también los perros y las ratas, cuando se podían comprar, constituían una comida exquisita, para quien tenía suficiente estómago. En fin, en los campos citados la hambruna había llegado a un punto que las hierbas más espinosas y malas eran cosechadas y ávidamente comidas... Pero si nosotros teníamos que padecer una penosa hambruna, por lo menos estábamos compensados por la gloria... mientras que los desdichados habitantes... debían sufrir privaciones, quizás aun más duras que las nuestras, sin poder esperar más que una recompensa eventual y lejana. Reducidos los míseros a no encontrar pan... se habían visto obligados para subsistir a alimentarse de los animales más repugnantes, mientras tenían esculpida en sus caras la huella de una abstinencia forzada junto con el despecho, el hambre y la desesperación. Pálidos, extenuados, se veían vagar a lo largo de los caminos como otros tantos espectros, prefiriendo extinguirse insensiblemente bajo la mirada de sus enemigos, en lugar de salir de la ciudad para irse en otra parte a vivir en la abundancia⁸⁰.

Y, algunas páginas más adelante, recordando cómo las tropas, sin sueldo, estaban obligadas —igual que los habitantes— «a nutrirse de los animales más inmundos», añade en una nota una observación que, a pesar del tono de broma, denuncia la gravedad de la situación y la dureza espantosa del hambre:

La guerra y las trampas a los gatos, decían riendo los soldados, nos brindarán tres ventajas: la de eliminar a unos inútiles comedores, la de poder comerlos, y la de permitir a los ratones salir de sus ratoneras para servirnos a su vez de comida⁸¹.

Consecuencia terrible de las dificultades de abastecimiento de las tropas era el saqueo sistemático y organizado, autorizado por los mandos superiores, aunque se conociera su fatal función disgregadora de la disciplina, como resalta la siguiente nota:

El saqueo se había vuelto indispensable para subsistir. Estos pillajes, consecuencia de la enemistad de los pueblos y de la injusticia de la causa por la cual nos batíamos, perjudicaban inmensamente a la moral del ejército, y chocaban y atacaban a los cimientos de la disciplina militar, sin la cual las tropas regulares no pueden nunca ser fuertes ni imponentes⁸².

Las páginas interesantes y dramáticas son muchas, y todos los *Fasti* quedan todavía como un archivo inexplorado. En efecto De Laugier también ha reproducido, traduciendo

a su improbable italiano, muchos documentos oficiales que hoy están seguramente perdidos, y un estudio atento y puntual de su obra, cotejándola con otras fuentes, llegaría a ofrecernos mayor claridad sobre muchos episodios de la Guerra de la Independencia, sobre todo de su parte catalana, donde la presencia del autor, y su contacto epistolar con sus compañeros una vez vuelto a Italia, garantizan un testimonio fehaciente de los acontecimientos.

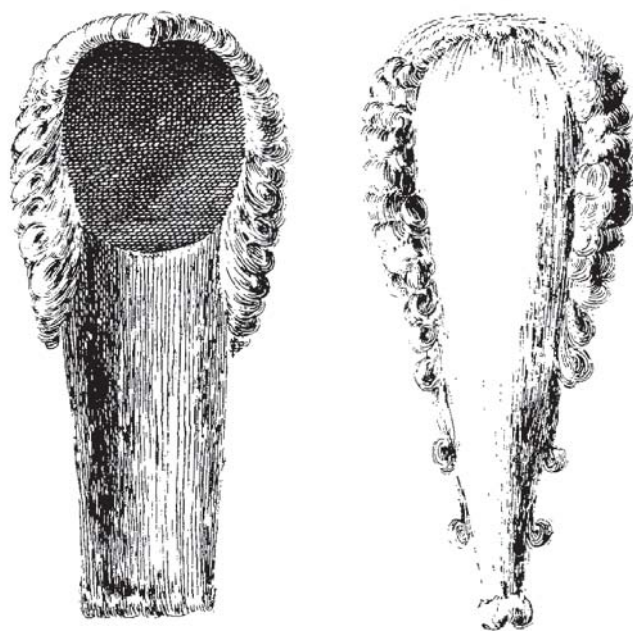
De Laugier —como hemos visto— nunca pretende ser un historiador. Su máxima ambición es sacar del olvido las hazañas de los soldados italianos, por un lado, y ofrecer materiales nuevos y útiles para quien desee enfrentarse con la tarea de hacer la historia de los italianos en España, por otro.

Pero el general toscano, a pesar de los muchos y elogiosos reconocimientos a los adversarios españoles, y aunque considere la invasión de la Península al margen y en contra de las costumbres internacionales de la época, está decididamente a favor de Napoleón. Su opinión, si bien nunca articulada de forma clara y precisa, que se percibe a lo largo de los *Fasti*, es que el factor que en última instancia legitimaba las fuerzas napoleónicas para practicar esta masacre —por otro lado totalmente inútil— era la fuerza de la razón, la lucha contra el oscurantismo perteneciente a un siglo que se quería considerar pasado y dejado atrás.

Concluiré utilizando el epígrafe puesto por el general De Laugier al comienzo de cada uno de los volúmenes de los *Fasti*:

No he tenido la pretensión de narrar todo, ni de hacerlo de manera inapelable. Empecé a fin que más tarde otros corrijan, mejoren y acaben⁸³.

Esta, me parece, es la tarea del historiador.



(83) *Ibidem*, I, pág. 2.

(80) *Ibidem*, VII, págs. 369-70 y VI, págs. 49-50.

(81) *Ibidem*, VI, pág. 72, nota.

(82) *Ibidem*, VIII, pág. 367, nota.